

LA HISTORIOGRAFÍA SOBRE VICHY

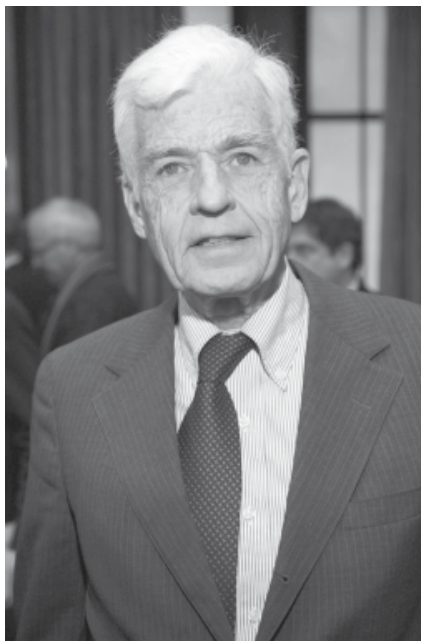
CONVERSACIÓN CON ROBERT O. PAXTON

Nicolás Sesma Landrin

Columbia University-Fundación Española para la Ciencia y la Tecnología

Robert O. Paxton nos recibe en su apartamento de la ciudad de Nueva York, frente a la ribera del río Hudson, a tiro de piedra del campus de la Universidad de Columbia. Tras doctorarse a caballo entre Oxford y Harvard y comenzar su carrera en Berkeley, fue en este prestigioso centro donde ocupó la cátedra durante casi treinta años, y a cuyo Centro de Documentación entregó, en la mejor tradición del profesorado anglosajón, la práctica totalidad de los materiales preparatorios de su ejercicio docente, en los que puede apreciarse la meticulosidad de la preparación de unas clases muy recordadas por sus antiguos alumnos, una pasión únicamente compartida con la práctica del avistamiento de aves, de la que es un reconocido experto y que le ha llevado a recorrer los cinco continentes. En cierto sentido, resulta difícil imaginar que tras la fina ironía y tranquilidad imperturbable de este caballero del sur se encuentre el investigador que modificó para siempre la percepción del régimen de Vichy, y no sólo en el ámbito académico sino también a nivel político y de opinión pública, hasta el punto de que la historiografía francesa haya acuñado el concepto de «révolution paxtonienne».

Ante todo, muchas gracias por aceptar la realización de la entrevista. Me gustaría centrarme, en primer lugar, en tus años de formación. Tu procedencia se sitúa en un Estado sureño como Virginia, con una acusada personalidad y una fuerte tradición militar e intelectual. ¿Te influyeron estas condiciones a la hora de decidirte por el estudio de la Historia?



Creo que efectivamente mi entorno natal influyó en mi elección de la carrera de Historia, pero fue tan solo una de las influencias. Pienso que también fue muy importante el hecho de que, en el momento en el que comencé a ser políticamente consciente, estábamos en mitad de la Segunda Guerra Mundial. En aquella época yo tenía diez años, doce al final de la contienda, y estaba completamente fascinado por la guerra. En la escuela, en la que teníamos un pequeño periódico, seguíamos con detenimiento los movimientos en mapas, especialmente en 1945. A esa altura, cuando la guerra había terminado ya en Europa, mi hermano mayor estaba

comenzando su entrenamiento militar para luchar en Japón, todos esperábamos su invasión, que finalmente no tuvo lugar. También mi primo, originario de la ciudad de Kansas, pasó por nuestra casa de camino a Nueva York para embarcar con destino a Inglaterra justo antes de la invasión de Normandía, aunque cuando estaba embarcando resbaló y se rompió el tobillo... así que no pudo tomar parte en el desembarco. Lo que quiero decir es que la guerra era muy real para nosotros, aunque fuimos afortunados, porque nuestras ciudades no fueron bombardeadas. Luchar en la guerra fue muy duro, pues 650.000 soldados norteamericanos murieron; en la casa de al lado vivían unos chicos que habían sido evacuados desde Londres, en 1940, pasaron aquellos años con nosotros y llegamos a conocernos perfectamente... la batalla de Inglaterra y el bombardeo de Londres eran muy reales.

En cuanto a mis influencias más personales, mi ciudad, Lexington, en el estado de Virginia, es un lugar en el que la gente está muy interesada en la historia, debido a que dos de los generales sureños de la Guerra Civil americana, Robert E. Lee y «Stonewall» Jackson, están enterrados allí. La Guerra Civil era también muy real; fui a la Universidad de la que Lee fue presidente después de la contienda, y precisamente mi bisabuelo, que era el director de su consejo de administración, fue quien convenció a Lee de aceptar el cargo, mientras que mi otro bisabuelo murió en la guerra. La ciudad estaba obsesionada con la historia de la Guerra Civil, y yo terminé por cansarme de aquello, quería algo diferente, estaba interesado en la historia y pensé que Europa era mucho más interesante, de modo que Europa fue, en cierta forma, una manera de evadirme desde una perspectiva muy limitada y basada en la guerra americana hacia un mundo más amplio. Fue así como comencé a interesarme por la historia europea.

Quizá por ello Tony Judt te situaba en cierta ocasión como miembro de «la última generación americana eurocéntrica», en el sentido de que en los años 30 y 40 Europa era todavía el principal escenario

de referencia mundial y polo de atracción intelectual, especialmente Francia.

Sí, es completamente cierto, fui miembro de la última, o casi la última, generación de americanos para los que Europa era el centro de la vida intelectual. Teníamos vecinos que eran europeos, uno de ellos era catalán, un pintor de Barcelona casado con una americana, que había luchado en la Guerra Civil española, había huido a Francia y con la invasión había venido a Virginia, de donde era originaria su mujer. Mi padre era abogado y le ayudó a conseguir la ciudadanía americana, nos conocíamos muy bien. Otros amigos de mi familia eran americanos, pero habían estudiado en Europa o habían estado allí en la Primera Guerra Mundial, íntimos amigos, con muchas conexiones francesas, algunos eran profesores de francés, había una mujer que había estudiado música en Francia... ese universo alternativo se encontraba siempre presente. Mi ciudad era muy pequeña, y el sur en general, y Virginia en particular, estaban bastante atrasados intelectualmente. Mi ciudad no lo estaba tanto, pues teníamos una universidad y amigos que eran profesores... la ciudad era enriquecedora intelectualmente, pero no su entorno, y el sur me parecía, en parte por la segregación racial, muy retrógrado, un mundo intelectual muy cerrado, estaba deseando salir de allí. Mi familia me envió a un internado en Nueva Inglaterra, donde tuve a un magnífico profesor de Historia, que enseñaba cursos de historia de Europa, y mi mejor amigo en el instituto había pasado un año en Grenoble, y para mí resultaba tremendamente sofisticado y cosmopolita, era alpinista, había escalado en los Alpes, estaba interesado en la pintura y la música... yo pensaba que todo aquello era terriblemente excitante. La historia que quería estudiar era la historia de Europa y el periodo que quería estudiar era la Segunda Guerra Mundial.

Adentrémonos ahora en tu obra de la mano de tu tesis doctoral, Parades and Politics at Vichy. The French Officer Corps under Marshal Pétain (1966), indudablemente en ella combinabas el inte-

rés por la historia militar con la vocación de estudiar la historia europea y francesa, ¿cómo surgió dicho proyecto de tesis? ¿Existía algún interés especial por estudiar el régimen de Vichy, todavía muy cercano en el tiempo en aquel entonces?

A decir verdad, me adentré en la época de Vichy por accidente, mientras que la vertiente militar estaba únicamente relacionada en parte con mi ciudad natal, puesto que por entonces, en 1960, estaba muy influenciado por lo que estaba ocurriendo con el ejército francés, extremadamente resentido con la guerra en Argelia y la incapacidad de la IV República para comprometerse realmente con una resolución militar del conflicto, amenazando con enviar paracaidistas a París y derrocar al gobierno y todo aquello... supongo que también es cierto que, debido a que en Lexington se encontraba el instituto militar de Virginia, conocía las escuelas militares, no estoy seguro de que me gustaran demasiado, pero estaba interesado en la sociedad militar como una vía de investigación antropológica, pues la comunidad militar es un sistema muy cerrado, que consigue asimilar a sus miembros a un código de creencias, un código de conducta propios, todo el tema de los ejércitos dentro de las democracias, puesto que no comparten exactamente el mismo sistema de valores que el resto de la sociedad..., pensaba en aproximarme intelectualmente a todos esos problemas.

Así pues, viajé a Francia con la intención de escribir una tesis sobre la academia militar francesa, Saint-Cyr. Fui a los archivos militares de París y me dijeron: «No, no puede hacerse porque la fuerza aérea americana bombardeó Saint-Cyr en 1944 y destruyó todos los archivos, así que ya puede marcharse». Aunque mi supervisor estaba en la Universidad de Harvard, un especialista en temas militares, profesor en *Sciences Po*, la escuela universitaria francesa de Ciencias Políticas, Raoul Girardet, estaba asesorándome, y cuando le conté lo sucedido me contestó que, si estaba interesado en el ejército francés, el periodo más interesante era el de la ocupación alemana, cuando los oficiales no sa-

bían quién era su comandante en jefe, la autoridad legítima, ¿era el mariscal Pétain? ¿Era De Gaulle en Londres? ¿Era el general Giraud, que fue el elegido por los americanos cuando desembarcaron, muy pronto, en el Norte de África? Existía una verdadera crisis de legitimidad en el ejército, un período realmente fuera de lo normal porque algunos de ellos volvieron a la guerra prácticamente por accidente. Las secciones militares que se encontraban en el Norte de África se convirtieron en una de las bases del Ejército de Liberación, pero irónicamente eran los elementos más pro-petanistas, y se odiaban con el pequeño ejército gaullista que también existía, pero de alguna manera consiguieron construir juntos un verdadero ejército, una historia muy curiosa e interesante desde todos los puntos de vista.

Fue a través de este extraño desvío que me adentré en Vichy. Comencé a trabajar en el cuerpo de oficiales durante la ocupación. Tenía un gran amigo, que estaba también realizando un doctorado en Historia en otra universidad y con el que había estudiado la licenciatura, Henry Turner, un conocido germanista, que me dijo: «¿Estás al tanto de que tienes una gran cantidad de archivos alemanes sobre la Ocupación?», y yo realmente no había pensado en ello, así que los consulté y, efectivamente, hacían posible reconstruir la relación franco-alemana basándome en fuentes documentales, mientras que el trabajo inicial que había llevado a cabo se basaba ante todo en entrevistas y memorias que no eran completamente fiables. Consultar los archivos alemanes me dio una perspectiva muy, muy diferente. Los utilicé para la tesis, y entonces me di cuenta de que me había embarcado en la escritura de una historia general sobre Vichy centrada en las fuentes alemanas, así como en algunos archivos italianos. Así es cómo, de manera algo accidental, caí sobre Vichy, sobre lo que estaba seguro que resultaba bastante revolucionario acerca de Vichy, que cambiaría por completo la visión académica. No esperaba que el gran público se viera muy influenciado, pero

pensaba que, al menos, afectaría a la visión de Vichy por parte de la academia.

Sin embargo, inicialmente la tesis disfrutó de una recepción bastante discreta.

¡No tuvo impacto alguno! No fue reseñada, no fue comentada, fue incluida en alguna lista de libros recibidos, pero nunca fue reseñada, y la copia de la *Bibliothèque Nationale* se la di yo mismo, creo que *Sciences Po* la compró, pero la Biblioteca Nacional Francesa no, les llevé un ejemplar cuando vi que no la tenían. No esperaba que el segundo libro fuera traducido al francés, y después lo que vino... no esperaba aquella reacción, tan fuerte.

Como has comentado, a tu llegada a Francia, en el curso de 1960-1961, el proceso de independencia de Argelia se encontraba en su punto álgido y todo apuntaba a un golpe del ejército como el que se produjo en el mes de abril, ¿cómo afectó esa situación a tus investigaciones? ¿se veía modificado el recuerdo de Vichy por un contexto de fragmentación nacional que recordaba al período previo a la derrota de junio de 1940?

Sí, estaba allí, abril de 1961, lo recuerdo nitidamente. Estaba entrevistando generales, y todos ellos estaban muy involucrados en todo aquello, además de bastante enfadados con los Estados Unidos, porque consideraban que debían apoyar a Francia, mientras que el entonces senador Kennedy, por ejemplo, había afirmado públicamente que los argelinos tenían derecho a la autodeterminación. La población francesa, una parte de ella, los conservadores franceses estaban absolutamente furiosos con aquello, y allí estaba ese joven americano entrevistando... pero al mismo tiempo querían hablar conmigo porque querían influir en lo que yo dijera, querían darme su visión de lo que el ejército había hecho, pensaban que era necesario explicar su versión de los acontecimientos.

En cuanto a las analogías, creo que ambas derrotas están relacionadas, si bien la derrota de junio de 1940 fue muchísimo más catastrófica.

La derrota en Argelia fue vergonzosa y humillante para una parte del pueblo francés, pero no afectó a la vida cotidiana del país, no hubo una ocupación, y era algo que sucedía lejos de allí. El impacto psicológico fue muy fuerte debido a 1940, las subsiguientes derrotas de Indochina en 1954, y de Argelia en 1961-1962 fueron sentidas de manera mucho más fuerte porque Francia había sido ya derrotada en 1940, y perder el imperio colonial era importante para los gaullistas debido a que había sido a través de las colonias como habían conseguido retornar a la guerra. Un golpe doloroso para la autoestima francesa. Con todo, el colapso de 1940 fue diez veces más catastrófico para el francés medio, en 1962 el país era muy próspero y Argelia fue olvidada rápidamente.

Y llegamos a tu obra más conocida, La Francia de Vichy. Vieja guardia y Nuevo Orden, 1940-1944, publicada en 1972, aparecida en francés un año más tarde y finalmente responsable de una ruptura no solo académica sino también a nivel de opinión pública. A dicho período has dedicado también otras investigaciones como Vichy France and the Jews (1981). ¿Hasta qué punto consideras que ha tenido influencia tu trabajo en el cambio de la interpretación de Vichy por parte de la sociedad y la clase política francesas?

Necesito volver un poco sobre *Vichy France and the Jews*, porque parece venir en tercer lugar, pero en realidad viene en segundo. El libro fue un encargo de un editor francés, Roger Herrera, por cierto probablemente un apellido judío sefardí, que era un destacado jurista, miembro del *Conseil d'État* y director de una colección sobre historia de los judíos. Antes de que hubiera terminado *Vieja Guardia y Nuevo Orden*, me pidió que escribiera *Vichy France and the Jews*, probablemente por recomendación de mi mentor en Harvard, Stanley Hoffman, que debió rechazar el proyecto, al tiempo que nombraba a uno de sus estudiantes que podría llevarlo a cabo. Yo le dije que sí, que lo haría a continuación, y acepté porque estaba bastante seguro de que *Vieja Guardia*

y *Nuevo Orden* no sería traducido, y entonces aquella podía ser mi oportunidad de utilizar los archivos alemanes y mostrar al pueblo francés cómo era realmente el régimen de Vichy. Quizá no habría aceptado más adelante, pero lo hice porque quería llegar al público francés, y no estaba para nada convencido de que mi historia general de Vichy se tradujera. Por supuesto, el libro sobre los judíos apareció mucho más tarde, porque fue muy difícil de escribir, tanto que incorporé a otra persona como coautor, Michael R. Marrus, que había sido estudiante mío en Berkeley y estaba enseñando historia de los judíos en Toronto. De modo que no fue enteramente idea mía, aunque es el libro que parece haber tenido mayor repercusión en muchos aspectos, particularmente entre la comunidad judía, para la que constituye un trabajo importante. Ahora bien, ¿qué efecto tuvo todo esto en la actitud de la población francesa hacia Vichy? Creo que tuvo un gran efecto, más de lo que esperaba, en ocasiones se ha dicho que en realidad yo abrí la temática, pienso que es un error, una exageración.

Creo que Henry Rousso explicó muy bien mi contribución en su libro *Le Syndrome de Vichy* (1987), cuando dice que el camino había sido abierto ya por diversos factores. En primer lugar, estuvieron las protestas estudiantiles de 1968, la gente joven en Francia comenzó a decir que era incapaz de seguir creyendo en la versión de la historia de sus padres, porque ya no creían en la versión de sus padres de absolutamente nada, hubo un conflicto generacional, con lo que se creó un nuevo público lector, gente joven que pensaba que no se le había contado la verdad sobre la Segunda Guerra Mundial y que quería saber más. Hubo otros factores que prepararon el camino, la película *Le Chagrin et la Pitié* (1969) tuvo un impacto enorme, abrió igualmente la temática y persuadió a la gente de que había más cosas que había que conocer acerca de la Segunda Guerra Mundial. El Gobierno francés, torpemente, prohibió su emisión en la televisión, así que fue exhibido en un pequeño cine de Pa-

rís y ¡todo el mundo fue!, tuvo exactamente el efecto contrario a lo pretendido por el Gobierno. Por último, estuvo la decisión del presidente Pompidou de conceder el perdón a Paul Touvier, el miembro de la *Milice* involucrado en matanzas de judíos en el verano de 1944, que había sido condenado por un tribunal, pero había escapado, luego había sido escondido y finalmente descubierto en 1971. Pompidou le perdonó, y ello creó una gigantesca respuesta de protesta. Pompidou dijo que había llegado la hora de dejar esas cosas atrás, no pensar en la Segunda Guerra Mundial y mirar al futuro, y lo que sucedió fue exactamente lo contrario, la gente pensó en la Guerra Mundial aún más que antes. En ese momento, apareció la traducción francesa de mi libro, en 1973, con el terreno ya preparado.

La prueba de ello es la suerte corrida por un libro que apareció en 1966, obra de un académico alemán, Eberhard Jäckel, sobre Francia en la Europa de Hitler, *La France dans l'Europe du Hitler*, fundamentado en archivos alemanes, y que básicamente decía lo mismo que yo acerca de Vichy, su búsqueda de un lugar en la Europa hitleriana, relaciones bilaterales, sus iniciativas... casi todo estaba ya allí. El libro no despertó el más mínimo interés, fue traducido al francés en 1966 y admirado por los historiadores, pero no tuvo efecto en el público. Siete años más tarde, el público estaba preparado y ansioso, y si la obra de Jäckel hubiera aparecido entonces quizá habría tenido mayor repercusión. Mi libro era diferente, se ocupaba de la vertiente interna de Vichy, de la composición social de su elite, situaba el régimen en el marco de la historia francesa, etc. Creo que mi libro era un buen trabajo, pero también que tuvo tanto impacto por esa preparación que ocurrió con anterioridad.

Después de que se publicara, hubo más cosas que contribuyeron a su difusión. En el programa para licenciados en Historia, en la *agrégation*, el examen que da acceso para enseñar Historia en niveles avanzados, la Segunda Guerra Mundial y el gobierno de Vichy entraron en la prueba por primera vez en 1973, con lo que todos los

estudiantes tuvieron que leerlo. Vichy estaba ya siendo analizado y convirtiéndose en tema de investigación, y como resultado se incorporó toda una generación de jóvenes historiadores, como Henry Rousso, Henri Michel... justo después de mí, de modo que no estaba solo, una nueva escuela de historiadores franceses de principios y mediados de los setenta estaba adquiriendo mucha fuerza. Mientras que el estudio del siglo XVII, lo que los franceses llaman la época moderna, y la Escuela de Annales dominó el mundo profesional, el estudio y la enseñanza de la historia hasta mitad de los setenta, el siglo XX se convirtió en el más activo campo de investigación a partir de ese momento. Hubo un relevo en el interés de la profesión, la historiografía francesa admitió la idea de que podía escribirse Historia Contemporánea, y fue importante sentirse legitimado intelectualmente. Todos estos movimientos fueron independientes de mi trabajo, que se inscribía en una evolución mucho más amplia.

A la vista de lo sucedido en el caso de los estudios sobre la Francia de Vichy, así como en otros casos, como las obras del hispanismo británico y norteamericano sobre la Guerra Civil, que abrieron el camino a la renovación historiográfica española, ¿hasta qué punto sigue siendo importante contar con «la mirada del otro», una mirada desde fuera que contribuya a la definición de lo propio?

Creo que es muy bueno para un historiador estudiar algo distinto a su propia historia. Por supuesto es importante conocerla e investigarla, pero es muy liberador, interesante y fascinante estudiar otras historias. Y para un país es positivo que los extranjeros vayan y aporten su perspectiva. En ocasiones resulta muy doloroso, porque los extranjeros no están interesados en hacer sentir bien a la gente, y pueden decir cosas muy duras sobre los héroes sagrados, los mitos sagrados de la historia nacional, pueden ser muy poco comprensivos con dichos mitos nacionales, quizá algunas veces excesivamente poco empáticos. En todo caso, creo que pro-

bablemente sea un hecho constructivo tener personas extranjeras examinando la historia de todos los grandes países.

Relacionado con esta última cuestión, en ocasiones has señalado públicamente el agotamiento de los estudios de historia basados en las visiones estrictamente nacionales y la necesidad de estudiar conceptos transversales. ¿Se sitúa en esta apreciación el origen de tu otra gran obra, Anatomía del fascismo, del año 2004?

Anatomía del fascismo surgió de mi docencia. Enseñé durante muchos años un curso sobre historia de Francia, así que trabajé en el marco de la historia nacional muy a gusto durante suficiente tiempo. No estoy seguro de que la historia nacional esté muerta, quizá esté un poco caída en desgracia, pero existen características específicas en cada nación que hacen que todos los casos sean únicos, y por eso es importante estudiar historias nacionales, pero no solo, porque cada historia nacional es única, pero el modo en que cada una de ellas se diferencia durante el mismo periodo, o mientras se enfrenta a una misma crisis, es otra historia muy interesante. Creo que actualmente la historia nacional ha perdido aceptación, ciertamente es así en mi universidad, donde la tendencia es incorporar profesores que estudien problemas de forma transversal, a través de muchos países, y pienso que es una perspectiva muy liberadora y estimulante, pero en unos años podríamos perfectamente volver a estudiar la nación, y sería igualmente liberador y estimulante al tratarse de una visión renovada. Estuve, pues, enseñando sobre Francia, y pensé que sería interesante preparar algo comparativo, así que comencé un curso sobre el fascismo. Podría haber preparado también algo sobre liberaciones y movimientos de resistencia bajo la ocupación alemana, pero nunca tuve ocasión, pues el curso sobre fascismo era muy popular, y se programaba cada dos años. Pensé que la historia comparada era muy reveladora, aunque nunca dejé completamente de lado la historia nacional.

En Anatomía del fascismo, y como reacción frente al nominalismo, la descripción enciclopédica y la construcción de un tipo ideal, planteas tu conocido esquema interpretativo basado en un ciclo de cinco etapas, desde la creación y el arraigo hasta la conquista y el ejercicio del poder, finalizando con la radicalización, ¿no dificulta el enunciado de una clara definición formal? ¿no es un modelo excesivamente basado en el caso de Alemania e Italia, que deja fuera muchos regímenes del periodo de entreguerras y el colaboracionismo durante la Guerra Mundial?

Veamos... el primer problema es el de la definición, y ciertamente tuve que luchar con ella, creo que probablemente habría podido conseguir una más concisa si me hubiera pasado otros meses luchando con ella... La definición fue dura, en el sentido de que las definiciones te dejan encerrado, son como una prisión, pero no era de las definiciones en sí mismas de lo que me quejaba, sino de la forma en que se alcanzaban dichas definiciones. Me parecía ya casi una costumbre que los libros sobre fascismo genérico se basaran en los programas fascistas. Lees el programa, haces una lista de lo que parecen ser los objetivos del movimiento y esas son las bases para definir el fascismo, y eso me parecía demasiado fácil, demasiado superficial, supongo que la metáfora sería recolectar una fruta ya madura. Es muy fácil leer los discursos y los programas de los partidos, pero resulta algo mucho más difícil y un desafío mucho mayor desde el punto de vista histórico si se observa cómo funcionaban esos regímenes, cómo se relacionaban con el ejército, con las iglesias, con las clases medias, con la clase obrera... la respuesta es mucho más sofisticada y se convierte en una historia mucho más difícil de llevar a cabo. Pensé que las definiciones tradicionales del fascismo no habían sido preparadas adecuadamente, que había que mirar al conjunto de la experiencia fascista, incluyendo al fascismo en el poder. Además, algunos elementos de las definiciones que se apoyaban en la retórica, como el fascismo como anticapitalista, presentaban un

rostro muy diferente, porque, en el poder, los fascistas trabajaron junto a los capitalistas bastante bien, aunque no siempre de forma flexible, pues había conflictos, diferencias dentro de sus intereses y beneficios compartidos. De esta forma, no creo que consiguiera una explicación del fascismo, simplemente aporté un mecanismo, un recurso para exponer el material, desde el que puede adoptarse una nueva perspectiva de cara a una definición que quede referida tanto a los regímenes como a los movimientos. Es cierto que hace que el problema de definir al fascismo sea más complicado, pero cuanto más complejas son las definiciones más fielmente reflejan los fenómenos históricos.

En cuanto a qué países escoger, no creo que tuviera mucha elección en ese sentido. Hubo tan solo dos países en los que los fascistas conquistaron el poder, ejercieron el poder en solitario y donde el experimento fascista llegó hasta el final. La otra cuestión era si la Alemania nazi pertenecía a dicha categoría. Existe todavía gente que sostiene que el nacionalsocialismo alemán es diferente debido al racismo de tipo biológico, que no debe ser incluido junto a la Italia fascista. Rechazo esta interpretación, todos los regímenes fascistas necesitaban la exclusión, tenían enemigos, legitimaban la violencia contra estos enemigos, pero la naturaleza de dicho enemigo era distinta entre unos países y otros, me parece que las diferencias entre la Alemania nazi y la Italia fascista no son tan grandes como para excluir a aquella del modelo. Ambos fueron los únicos que recorrieron todo el camino hasta el final, hubo otros países en los que el fascismo fue muy importante, pero fracasó en la conquista del poder, como Francia, y hay países como España, de nuevo muy particular, donde el fascismo apareció tarde en la escena política y fue con posterioridad utilizado por el dictador para sus propios objetivos, con lo que funciona de forma distinta hasta cierto punto. Cada caso es único. Y luego hay más problemas con el modelo, ¿debería incluir alguna de las dictaduras actuales?, por ejemplo, ¿debería

incluir Irán? Yo diría que las dictaduras islámicas radicalizadas son otra cosa, un tipo de dictadura diferente. Así pues, defendiendo mi elección de los casos de estudio y defendiendo mi modelo como lo mejor que puede hacerse con lo que la historia nos proporciona en términos factuales.

Uno de los aspectos en los que haces más hincapié es en la colaboración entre las elites tradicionales y los movimientos fascistas, aspecto sobre el que ya insistías en Vichy France, y te hace afirmar que «no hemos conocido nunca un régimen fascista ideológicamente puro», ¿no podría afirmarse algo parecido de todo sistema político?

Lógicamente se trata de una cuestión muy penetrante... luché con ella hasta cierto punto en el libro, aunque no demasiado, los enfrentamientos entre la doctrina liberal y los gobiernos liberales están allí, también entre la doctrina socialista y los gobiernos socialistas, y podría afirmarse que, efectivamente, siempre existe un conflicto entre los valores del movimiento y los del régimen que le sigue. Me parecía, y me sigue pareciendo, aunque es algo abierto a debate, que la distancia entre lo proclamado por el movimiento y la realidad de los regímenes es mayor en el caso fascista. En parte, ello se debe al desdén del fascismo por la razón y su exaltación de los sentimientos, de modo que el papel de la ideología fue siempre menos fuerte en los regímenes, puesto que en la propia ideología se decía que las cosas importantes eran sentimientos como el nacionalismo, la raza, la nación, la familia, la tierra, la sangre... y no las ideas. Soy consciente de que es posiblemente el elemento más problemático de mi argumentación, y el que ha dado siempre lugar a las peores críticas, porque a los historiadores les gusta trabajar con ideas, les gusta creer que las ideas dominan el mundo, que las declaraciones ideológicas constituyeron el mayor éxito del fascismo, como dije anteriormente; a los historiadores les gusta pensar que personas como ellos lo dirigieron, gente del mundo de las ideas, no estoy tan seguro.

Por último, me gustaría abordar tu opinión acerca de cuál debe ser el papel del historiador en la sociedad. En alguna ocasión has declarado que la labor de los historiadores consiste en «intentar entender el pasado» pero también que al hacerlo «ciertamente se juzga, esta persona lo hizo bien, esa otra no». En este sentido, Vieja Guardia y Nuevo Orden terminaba de manera muy explícita: «tal vez sea a los ocupantes alemanes, más bien que a la mayoría de Vichy, a quienes los estadounidenses, como residentes del Estado más poderoso de la Tierra, deban examinar con mayor detalle [...] existen momentos crueles en los que, para salvar los valores más preciados de una nación, es preciso desobedecer al Estado». ¿Estabas refiriéndote a la Guerra del Vietnam o a las luchas por los derechos civiles, que tenían en la Universidad de Columbia uno de sus epicentros?

Creo que efectivamente estaba influido por la Guerra del Vietnam, estaba la lucha por los derechos civiles, pero pienso que estaba más afectado por todo el tema de Vietnam. Me parecía que en aquel momento estábamos actuando como los alemanes, como los nazis, que había que sacudir a los americanos de su complacencia. Siempre he pensado que los historiadores tienen un doble papel, se supone que deben estudiar el pasado, y desde la perspectiva que proporciona dicho estudio deben intervenir en el presente, aunque, por supuesto, no me gusta cuando adoptan una posición que es diferente a lo que ocurrió y dicen haber aprendido las lecciones de la historia. Me parece incompleto estudiar el pasado simplemente por sí mismo. Siempre he sido una persona bastante política, crecí en un hogar muy politizado, mis padres eran grandes admiradores del presidente Roosevelt, mientras que a la mayoría de los sureños no les gustaba, recuerdo escuchar de niño a Roosevelt en la radio ¡qué maravilloso era aquello...! Ser activo e intervenir en el momento presente es lo que todos los ciudadanos hacen, pero los historiadores tienen un poco más de perspectiva, le deben a sus conciudadanos aportar la experiencia del pasado para lidiar con las

temáticas presentes. Siempre he pensado que los historiadores deben intervenir en el presente, y lo he hecho instintivamente, sin siquiera caer en la cuenta de que estuviera haciéndolo.

En 1997 aceptaste declarar como experto en el célebre proceso contra Maurice Papon, un antiguo funcionario de Vichy acusado de la deportación de 1.600 judíos. Ya con anterioridad, en 1993, tomaste parte en el nuevo juicio contra Paul Touvier. Esta participación suscitó un intenso debate acerca de la verdadera función de los historiadores, sobre todo cuando otros, como Henry Rousso, no quisieron hacerlo, a pesar de haber sido requeridos. ¿Podrías explicarnos quién solicitó tu concurso, en qué consistió y cuál es tu valoración tras haber participado en ambos juicios?

Mi participación fue bastante diferente en uno y otro caso. En el primer juicio, fui invitado por los abogados de la acusación civil, pues se permitió que los familiares de las víctimas, y en algunos casos los propios supervivientes de las persecuciones de judíos, presentaran causa de forma paralela a la acción gubernamental. Había docenas de abogados de las víctimas y sus familiares y, en el caso contra Paul Touvier, fueron ellos los que me invitaron a mí y a otros historiadores a testificar. Y fue sobre este juicio sobre el que Rousso escribió varios reportajes, creo que para *Libération*, y en el que se sintió desilusionado porque pensaba que se estaba confundiendo el papel de los historiadores y los jueces en la definición legal de los crímenes contra la humanidad. Los tribunales franceses argumentaban que los crímenes contra la humanidad tenían que estar asociados con órdenes nazis, mientras que Touvier actuó claramente por iniciativa propia. En mi testimonio declaré que los dos eran indistinguibles, y que Touvier estaba actuando como agente del régimen de Vichy, sin órdenes directas de los nazis. En cualquier caso, acepté la invitación y no creo que supusiera una cuestión muy problemática.

El juicio de Papon constituyó una decisión mucho más difícil, y la invitación partió del pre-

sidente del Tribunal, no de ninguna de las partes. Cuando observó que tan sólo uno de los doce miembros del jurado estaba vivo a la altura de 1945, el presidente se dio cuenta de que no tenían demasiados conocimientos acerca de la Segunda Guerra Mundial, y pidió a cuatro historiadores que comparecieran ante el jurado y aportaran antecedentes históricos sobre el régimen de Vichy, la colaboración, la administración bajo ocupación alemana, sobre el papel desempeñado por la prefectura, y en consecuencia por Papon, que había sido su secretario general. Había dos historiadores franceses y dos extranjeros; uno de los primeros, Marc Olivier Baruch, acababa de terminar una tesis sobre la administración, y sabía con exactitud cuántos integrantes de las Cortes de Prefectura habían rechazado las órdenes alemanas y cuántos habían sido condenados a muerte por ello, y ninguno lo había sido por dicha causa, únicamente algunos por haber ayudado a la Resistencia.

Lo que ocurre es que la invitación se cursó a través del gobierno americano, pasó por el Departamento de Estado, del que me llegó una carta oficial, con lo que se trataba de una invitación mucho más imponente y formal, y ya entonces el caso me hacía sentir incómodo, así que antes de decidir me tomé varios días en los que hablé con bastante gente. La persona que vivía justo en el apartamento de abajo, Louis Henkin, profesor de Derecho en Columbia y especialista en casos de derechos civiles, pensaba que debía hacerlo, algunos abogados de Nueva York especialistas en Derecho Internacional pensaban que debía hacerlo... eran todos judíos por cierto, no sé en qué medida eso pudo influir en su respuesta... recuerdo que pensé que el juicio iba a hacer historia, iba a realizar dictámenes que eran interpretaciones de la historia, y que quizá era mejor que en algún momento del juicio esto lo hicieron historiadores profesionales.

Acepté, pero estaba incómodo con el juicio. En primer lugar, el tiempo que había pasado era muchísimo, por supuesto también en el caso de Touvier, pero él había estado escondido, este

otro había estado no solo al descubierto sino que había ocupado puestos oficiales, puestos de bastante poder, y allí estábamos, 53 años después de los acontecimientos. La segunda razón era que Papon había sido un subordinado, no había decidido las políticas a seguir. Pensaba que era una auténtica lástima que no se estuviera juzgando a su jefe, René Bousquet, el que fuera secretario general de policía del Ministerio del Interior, básicamente el jefe de policía de toda Francia; teníamos muchísimos documentos alemanes en los que aparecía, y había tomado claramente un papel muy activo, se había presentado voluntario a los alemanes y al régimen de Vichy para entregar a diez mil judíos extranjeros residentes en la zona no ocupada, el 6 de mayo de 1942, existía un impresionante conjunto de pruebas que demostraban su responsabilidad. Fue asesinado cuando ya se habían formulado cargos en su contra, el presidente Mitterrand estaba intentando paralizar el caso, pero iba a ser juzgado. Fue una tragedia que no se le juzgara, porque la responsabilidad del Estado de Vichy, su participación en la deportación de judíos era muy clara en el caso de René Bousquet.

En el caso de Maurice Papon, no un subalterno, sino un oficial de rango medio, que llevaba a cabo las órdenes dictadas por otros, el grado de responsabilidad era mucho menor, y el juicio era mucho más débil documentalmente, la función de formulador de políticas no aparecía. Pero Bousquet no podía ser juzgado y pensé que era importante que la responsabilidad de la administración de Vichy fuera establecida en una Corte de Justicia. Los cargos no fueron de crímenes contra la humanidad, sino de complicidad en crímenes contra la humanidad, una acusación inferior, porque su responsabilidad era la de un ejecutor, y más exacta. Fue muy estresante, muy duro, nunca estuve del todo satisfecho, el juicio no tenía el mismo impacto, la misma claridad, se alargó durante muchísimo tiempo y terminó generando una impresión muy dividida entre la población francesa, algo que no era nada positivo. En algunos sentidos fue una de-

cepción y tuve sentimientos encontrados una vez concluyó.

Pensándolo más tarde, recordé que Henry Rousso sugirió que los historiadores debían participar durante los procesos de instrucción, y creo que tiene razón. Los historiadores pueden desempeñar un papel muy beneficioso en aquellos casos en los que las pruebas necesitan cierta comprensión de un periodo histórico, pueden ayudar a determinar qué tipo de pruebas son más persuasivas, qué testimonios se ajustan mejor a los hechos, etc., si este tipo de acontecimientos volvieran a producirse sería una mejor manera de proceder. Así pues, la experiencia no fue enteramente satisfactoria, pero fue importante que el sistema judicial francés estableciera que la administración gala estuvo involucrada y colaboró en la deportación de judíos, algo que el presidente Mitterrand siempre se negó a admitir, pero que Jacques Chirac declaró públicamente el 16 de julio de 1995.

Para finalizar, y en estrecha relación tanto con esta última cuestión, la participación de los historiadores más allá del ámbito estrictamente académico, como con esa necesaria «mirada del otro», ¿cómo han sido percibidos desde los Estados Unidos el movimiento de recuperación de la memoria histórica en España, los intentos por juzgar los crímenes del franquismo y la inhabilitación del juez Baltasar Garzón?

No estoy seguro de poder entrar en todas las cuestiones, necesitaría más lecturas sobre el juez Garzón, es un tema muy complejo y no estoy seguro de comprender todo lo implicado. En su momento, el sentimiento general en Estados Unidos, y ciertamente entre lo que llamamos *liberals*, los círculos progresistas, era contrario a la idea de establecer responsabilidades. Recuerdo que yo mismo sentía que el acuerdo, podemos llamarlo así, de 1977 de no profundizar en estos asuntos era, en varios sentidos, un paso esencial para uno de los más extraordinarios acontecimientos del final del siglo XX, esto es, la transición a la democracia en España sin

que se retornara a un conflicto civil. Los portugueses estuvieron muy cerca de una guerra civil; en España, el proceso fue mejor y cuando fracasó el golpe militar estuvo bastante claro que España tenía una democracia funcional, algo que parecía milagroso teniendo en cuenta lo que había sido el principio del siglo XX español. Había sido tal calamidad, con la primera dictadura, el desempeño de la Segunda República y luego la Guerra Civil que lo que ocurrió tras la muerte de Franco en 1975 parecía un milagro. La decisión de no enjuiciar, de cerrar los libros, parecía muy sabia, y precisamente, veinte años más tarde, parecía también natural e importante que, aunque los tribunales no fueran a juzgar a gente, los historiadores contemplaran seriamente lo que ambos bandos habían hecho. Para mí fue un *shock* descubrir la violencia que los republicanos habían también empleado, tuve que cambiar mi libro de texto... encontrar la tumba

de García Lorca me parece asimismo algo que merecería mucho la pena.

El caso de Garzón es difícil, parece muy agresivo como juez. Pensé que era algo maravilloso cuando intentó llevar a Pinochet de Inglaterra a España, pero analizándolo más tarde no estoy seguro de que reclamaciones nacionales de justicia internacional sean la mejor manera de proceder. El Tribunal Penal Internacional es, probablemente, el camino; tiene las bases formales para ocuparse de los jefes de Estado que hayan cometido crímenes de guerra. Por supuesto, Estados Unidos no ha ratificado ese tratado, aunque participa en él de manera no oficial, y no es tampoco ideal, porque lo que sucederá es que solo serán acusados jefes de Estados débiles, y no fuertes... El caso de Garzón, a medida que leo sobre él, me parece extremadamente complicado, parece que la derecha esté intentando acallararlo.